





EL ABENCERRAJE Y OTRAS HISTORIAS
DE MOROS Y CRISTIANOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA

Dr. Juan Eulogio Guerra Liera
RECTOR

Dr. Jesús Madueña Molina
SECRETARIO GENERAL

L.A.E. y M.A. Manuel de Jesús Lara Salazar
SECRETARIO DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Dra. Ilda Elizabeth Moreno Rojas
DIRECTORA DE EDITORIAL

Primera edición: abril de 2018

D. R. © ILDA ELIZABETH MORENO ROJAS,
compiladora y directora de la colección

D. R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
Blvd. Miguel Tamayo Espinoza de los Monteros 2358,
Desarrollo Urbano 3 Ríos, 80020, Culiacán de Rosales,
Sinaloa
www.uas.edu.mx
DIRECCIÓN DE EDITORIAL
<http://editorial.uas.edu.mx>

ISBN: 978-607-737-225-7

Edición con fines académicos, no lucrativos.

Editado e impreso en México

EL ABENCERRAJE
Y OTRAS HISTORIAS
DE MOROS Y CRISTIANOS

EL ABENCERRAJE
Antonio de Villegas

LUZMÁN CAUTIVO
Jerónimo de Contreras

NOVELA DEL GRAN SOLDÁN,
CON LOS AMORES DE LA LINDA AXA
Y EL PRÍNCIPE DE NÁPOLES
Lucas Gracián Dantisco

Compilación e introducción de Ilda Elizabeth Moreno Rojas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
MÉXICO, 2018



A los lectores

Con la convicción de continuar por el camino hacia la «Consolidación Global 2021», la Universidad Autónoma de Sinaloa amplía la colección Obras Universales, parte sustantiva de la campaña permanente Lectura para Todos y del magno proyecto académico y cultural de nuestra *alma mater*.

Como un homenaje a los escritores de una de las más interesantes épocas de la historia de España y de la literatura de los Siglos de Oro, ponemos en mano y juicio del lector la reedición de tres clásicos, tres joyas del patrimonio cultural de la humanidad: *El Abencerraje*, de Antonio Villegas; *Luzmán cautivo*, de Jerónimo de Contreras; y *Novela del Gran Soldán, con los amores de la linda Axa y el príncipe de Nápoles*, de Lucas Gracián Dantisco.

Con estos relatos literarios recordamos, también, a los escritores Miguel de Cervantes Saavedra y William Shakespeare, pues en honor a la obra de estos autores se celebra cada 23 de abril el Día Mundial del Libro y de Derechos de Autor.

Con este esfuerzo editorial, rendimos también tributo en esta fecha a los que tienen la oportunidad y la fortuna, la satisfacción y el privilegio de cultivar el sano hábito de la lectura, a los lectores que complementan y dan razón de ser a ese noble objeto que es el libro.

Retomo aquí la palabra *esfuerzo* para refrendar ante ustedes, que se asoman ahora a estos textos clásicos, la certeza de que la voluntad —en este caso la voluntad de servicio— es más fuerte y más noble que las vicisitudes que atraviesa nuestra más que centenaria institución. Llevar hasta ustedes estas obras significa un

gran esfuerzo humano y material para nuestra institución, mismo que les ofrecemos con gusto toda vez que estamos ciertos de que la lectura y el conocimiento hacen de nosotros mejores seres humanos, más receptivos y más sensibles a los problemas que nos depara este mundo que se mueve cada vez más rápido. Es un reto que quienes estamos hoy al frente de la Universidad Autónoma de Sinaloa asumimos con serena determinación en este entendimiento: buscar ser mejores siempre.

DR. JUAN EULOGIO GUERRA LIERA
Rector

Introducción

Las tres novelas cortas reunidas en este volumen: *El Abencerraje* de Antonio Villegas, *Luzmán cautivo* de Jerónimo de Contreras y la *Novela del Gran Soldán, con los amores de la linda Axa y el príncipe de Nápoles* de Lucas Gracián Dantisco, tienen varios elementos en común.

En primer lugar, son relatos del siglo xv^{vi}, es decir, se ubican en la primera etapa del Siglo de Oro de la literatura española, la época de mayor esplendor de nuestras letras; tienen además como protagonistas a musulmanes —hombres y mujeres— y las tres son fundamentalmente historias de amor. Para comprender mejor estas obras, es necesario recordar que durante seis siglos la cultura musulmana convivió directamente con la cristiana, dejando una abundante influencia lingüística, arquitectónica, histórica, científica y cultural en el mundo hispánico.

El Abencerraje es una obra maestra de la literatura española cuyo origen data de una versión anterior que se remonta hasta el siglo xiii; sin embargo, en 1565, Antonio de Villegas publica una nueva versión en el libro *Inventario*. Aunque ya se conocían versiones posteriores, es hasta mediados del Renacimiento cuando la obra adquiere una gran importancia, de tal suerte que de ella hubo después varias versiones en verso y en prosa escritas por célebres autores como Luis de Góngora, Lope de Vega, Miguel de Cervantes y José Zorrilla.

Los protagonistas de esta novela son el Abencerraje Abindarraéz, un valiente guerrero árabe al servicio de su reino —como lo eran todos aquellos que tenían este oficio—, y Rodrigo de Nar-

váez, un caballero «notable en virtud y hechos de armas». El relato se clasifica como novela histórica de perspectiva épica, ya que está comprobada la existencia de Rodrigo de Narvaéz (?- 1424). En esta historia, da libertad, por generosidad y nobleza, a una pareja de moros enamorados, Abindarráez y la hermosa Jarifa.

Menéndez Pidal ha escrito que esta obra es «La más breve, la más sencilla, la que con toda justicia puede considerarse como un dechado de afectuosa naturalidad, de delicadeza, de buen gusto, de nobles y tiernos afectos, en tal grado que apenas hay en nuestra lengua novela corta de su género que la supere» (citado por Fradejas Lebrero, 1985:175).

De la vida de Jerónimo de Contreras se sabe muy poco. Se dice que fue un capitán, un cronista real y un viajero. No obstante, se conoce que escribió varias obras como *Dechado de varios sujetos* (1572) y *Selva de aventuras* (1565), obra en siete libros donde se encuentra la novela *Luzmán cautivo*.

Este texto, considerado como uno de los relatos más originales de la época, se clasifica dentro de las llamadas «novelas de cautivos». En ella se narra cómo Luzmán, un noble caballero originario de Sevilla, es rechazado por la joven Arbolea, de quien estaba enamorado desde la infancia. Desesperado por el rechazo de la hermosa dama que quiere convertirse en monja, decide, en hábito de peregrino, hacer un viaje por España e Italia. A su regreso es capturado por los turcos en Argel y vendido a Laudel, un noble musulmán que lo trata generosamente, sobre todo al ver sus habilidades en la jardinería. Muerto Laudel, llega su hijo Calimán para hacerse cargo de las propiedades de su padre, pero este noble caballero, también como Luzmán, ha sido rechazado por Arlaja, hija del rey de Argel. Es así que ambos personajes son desventurados en el amor. Un día Calimán escucha cantar al sevillano, y la tristeza del canto hace que se identifique con él e inicien una rela-

ción de amistad al conocer su historia. Las melodías del cristiano logran que la hermosa Arlaja se enamore del hijo de sultán y, en agradecimiento, Calimán le devuelve la libertad.

Cabe señalar que esta novela fue censurada por la Inquisición aun cuando tuvo un gran éxito, pues se editó diez veces en el siglo XVI y seis veces más en el XVII.

El verdadero nombre de Lucas Gracián Dantisco fue Diego García de Alderete, quien nació en 1543 en Valladolid y se desempeñó como un humanista, notario, escribano y censor de libros. Además tradujo la obra *El Galateo* de Giovanni de la Cassa, publicada con el título de *El Galateo español* (1593), a la cual le interpoló varios relatos como el de la *Novela del Gran Soldán*.

Esta última nos cuenta sobre cómo los soldados del Soldán raptan al príncipe de Nápoles y se lo llevan al reino de Persia para asesinarlo. Sin embargo, su hija, la princesa Axa, enamorada del joven, decide liberarlo y huir con él. Ambos se fugan con grandes riquezas junto con un médico cautivo de la corte del sultán, pero la madre, al enterarse, le lanza un hechizo que dicta que el príncipe la habrá de olvidar cuando lo abrace la primera mujer que lo reciba en Nápoles. Después de varias aventuras donde aparecen elementos fantásticos —una carta mágica, una espada, un peine, un anillo—, la pareja tiene un final feliz.

En estas tres obras, la literatura hermana dos culturas que tradicionalmente y hasta ahora se han visto enfrentadas en otros discursos y, desafortunadamente, en sucesos bélicos. Pero en estos relatos, los autores no solamente muestran heroicos a los españoles, sino que también caracterizan a los musulmanes como generosos, valientes, virtuosos y agradecidos. En cuanto al sentimiento del amor, no hay ninguna diferencia; es más, de hecho es justo en ese sentimiento superior a la amada o al amado que ambas culturas se identifican y hermanan. Tal vez esto ocurre

porque solo los grandes escritores son capaces de adentrarse en el alma humana para describirla. La literatura tiene la capacidad de descubrir lo esencial del hombre suprimiendo etnias, geografías, culturas, épocas. De ahí su universalidad y su vigencia.

ILDA ELIZABETH MORENO ROJAS

El Abencerraje*

ANTONIO DE VILLEGAS

Este es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez¹ y el Abencerraje y Jarifa,² su padre y el rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo, los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata o en plomo siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente, así la virtud en cualquier dañado sujeto que asiente, resplandece y muestra sus accidentes, bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que, cayendo en buena tierra, se acrescienta, y en la mala se perdió.

Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en Virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria, sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo, por serle tan natural y ordinario, que le parece que cuanto se puede hacer es poco; no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda

* De *El Inventario*.

¹ *Abencerraje*: significa «el hijo del sillero».

² *Jarifa*: significa «la noble, la hermosa, preciosa».

la vida le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban en las estrellas. Hizo, pues, este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa le hizo alcaide de ella para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole también alcaide de Alora, de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo³ a los gajes del rey para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba, como los inmortales⁴ del rey Darío, que en muriendo uno ponían otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil, y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse de ellos; y en todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos.

Pues una noche, acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

—Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias y se pierde miedo a las ajenas. Y de esto no hay para que yo traya testigos de fuera, porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería dar yo mala cuenta de mí y de mi oficio si, teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía, dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme, si os parece, pues la claridad y seguridad de la noche

³ «Equivale a noble, castizo y de antigüedad de linaje.» (Cov.)

⁴ Eran diez mil persas escogidos, si moría uno era sustituido inmediatamente para que siempre estuviera el número exacto.

nos convida que será bien dar a entender a nuestros enemigos que los valedores⁵ de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad; hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve de ellos, los hizo armar; y siendo armados, salieron per una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, porque la fortaleza quedase a buen recado. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo:

—Ya podría ser que, yendo todos por este camino, se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante hablando de diversas cosas, el uno de ellos dijo:

—Teneos, compañeros, que o yo me engaño o viene gente.

Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido. Y mirando con más atención, vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano;⁶ él era grande de cuerpo y hermoso de rostro y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota⁷ de carmesí y un albornoz⁸ de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado y labrada⁹ en él una hermosa dama y en la mano una gruesa y hermosa lanza de dos hierros. Traía una darga¹⁰ y

⁵ *Valedores*: defensores.

⁶ *Caballo ruano*: de color blanco con manchas negras.

⁷ «Vestido de moros a modo de sayo vaquero.» (Cov.)

⁸ «Capuz cerrado de camino con su capilla, de cierta tela que escupe de sí el agua que le cae encima sin calar dentro.» (Cov.)

⁹ *Labrada*: bordada.

¹⁰ *Darga*: adarga, escudo hecho de ante.

cimitarra,¹¹ y en la cabeza una toca¹² tunecí que, dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro mostrando gentil continente y cantando un cantar que él compuso en la dulce memoria de sus amores, que decía:

Nacido en Granada,
criado en Cártama,
enamorado en Coín,
frontero de Alora.

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. El, viéndose saltado, con ánimo gentil volvió por sí y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos, los cuatro se apartaron y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte; de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vio en gran peligro porque se le quebró la lanza y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo y arremetió al escudero que derribara, y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña

¹¹ «Alfange o espada, vuelta a manera de hoz.» (Cov.)

¹² *Toca*: turbante.

que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fue a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dio uno de los escuderos una lanzada en un muslo que, a no ser el golpe en soslayo, se le pasara todo. El, con rabia de verse herido, volvió por sí y dióle una lanzada, que dio con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez, barruntando¹³ la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro, quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía los cuatro en el suelo, y el otro, casi al mismo punto. El le dijo:

—Moro, vente a mí, y ti tú me vences, yo te aseguro de los demás.

Y comenzaron a trabar la brava escaramuza, mas como el alcaide venía de fresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa que no podría mantenerse; mas viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dio una lanzada a Rodrigo de Narváez que, a no tomar el golpe en su darga, le hubiera muerto. El, en recibiendo el golpe, arremetió a él y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él, le trabó a brazos y, sacándole de la silla, dio con él en el suelo. Y yendo sobre él le dijo:

—Caballero, date por vencido; si no, matarte he.

—Matarme bien podrás —dijo el moro— que en tu poder me tienes, mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció.

¹³ «Imaginar alguna cosa tomando indicio de algún rostro y señal.» (*Cov.*)

El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dio el escudero en el muslo y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída, quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas. Y hecho esto le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora. Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dio un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía,¹⁴ que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición; acordábasele de los que le vio hacer, y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informase de él le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder, porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé ahora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado. Si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fialde de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer por remediarle lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro que en el suelo tenía, le dijo:

—¿Cómo os llaméis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

El le dijo:

¹⁴ «La lengua de los africanos.» (Cov.)

—A mí llaman Rodrigo de Narváez; soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo:

—Por cierto, ahora pierdo parte de mi queja,¹⁵ pues ya que mi fortuna me fue adversa, me puse en vuestras manos, que, aunque nunca os vi sino ahora, gran noticia tengo de vuestra virtud y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar y, quedando solos, el moro, arrancando un gran suspiro, le dijo:

—Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre captivo. A mí llaman Abindarráez¹⁶ el mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto. Hubo en Granada un linaje de caballeros que llamaban los Abencerrajes, que eran flor de todo aquel reino, porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos¹⁷ de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban; ellos inventaban las galas y los trajes. De manera que se podía bien

¹⁵ «La querella que tenemos de alguno.» (Cov.) Más vale buena quexa que mala paga.

¹⁶ *Abindarráez*: significa «hijo del capitán».

¹⁷ *Quistos*: queridos, apreciados, estimados.

decir que en ejercicio de paz y de guerra era regla y ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde ni de mala disposición. No se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás.

El rey de Granada hizo a dos de estos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo. Y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos, y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fue descubierta, y por no escandalizar el rey el reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar, porque a dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacerla. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas, mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vio sin esperanzas de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos. Llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas a quien servían y los caballeros con quien se acompañaban. Y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido como si la ciudad se entrara de enemigos, de manera que si a precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. Vees aquí en lo que acabo tan esclarecido linaje y tan principales caballeros como en él había; considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba; cuánto tarda en crecer un árbol, y cuán presto va al fuego; con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema. ¡Cuántos podrían escarmentar en las cabezas de estos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón! Siendo tantos y tales y estando en el favor del mismo rey, sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas y su nom-

bre dado en el reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes de este delicto, a condición que los hijos que les naciesen, enviasen a criar fuera de la ciudad para que no volviesen a ella, y las hijas casasen fuera del reino:

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:

—Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fue grande, porque no es de creer que siendo ellos tales, cometiesen traición.

—Es como yo lo digo —dijo él—. Y aguardad más y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos a ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme a Cártama al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí, porque allende¹⁸ de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos porque así nos oíamos llamar. Nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos. Juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos de esta conformidad un natural amor, que fue siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que entrando una siesta en la huerta que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza. Miréla vencido de su hermosura, y parecióme a Sálmacis, y dije entre mí: «¡Oh, quién fuera Troco para parecer ante esta hermosa diosa!» No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana; y no aguardando más, fuime a

¹⁸ *Allende*: además.

ella y cuando me vio con los brazos abiertos me salió a recibir y, sentándome junto a sí, me dijo:

—Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

Yo la respondí:

—Señora mía, porque ha gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese dó estábades, hasta que mi corazón me lo dijo. Mas decidme ahora, ¿qué certinidad¹⁹ tenéis vos de que seamos hermanos?

—Yo —dijo ella— no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.

Y si no lo fuéramos —dije yo— ¿quisiérasme tanto?

—¿No ves —dijo ella— que, a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

—Pues si ese bien me habían de quitar —dije yo— más quiero el mal que tengo.

Entonces ella, encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo:

—¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

—Pierdo a mí y a vos —dije yo.

—Yo no te entiendo —dijo ella— mas a mí me parece que solo serlo nos obliga a amarnos naturalmente.

—A mí sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces.

Y con esto bajando mis ojos de empacho de lo que le dije, vila en las aguas de la fuente al proprio como ella era, de suerte que donde quiera que volvía la cabeza, hallaba su imagen, y en mis entrañas, la más verdadera. Y decíame yo a mí mismo, y pesárame que alguno me lo oyera: «Si yo me anegase ahora en esta fuente donde veo a mi señora, ¡cuánto más desculpado moriría

¹⁹ *Certinidad*: certeza.

yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía!»

Diciendo esto levantéme, y volviendo las manos a unos jazmines de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán hice una hermosa guirnalda y poniéndola sobre mi cabeza, me volví a ella, coronado y vencido. Ella puso los ojos en mí, a mi parecer más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro a mí, me dijo:

—¿Qué te parece ahora de mí, Abindarráez?

Yo la dije:

—Parece que acabáis de vencer el mundo y que os coronan por reina y señora de él.

Levantándose me tomó por la mano y me dijo:

—Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.

Yo, sin la responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trajimos mucho tiempo, hasta que ya el amor por vengarse de nosotros nos descubrió la cautela, que, como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo, mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos, se comenzó a dañar y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que escusar, porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien, mas después no vino el mal por principio, sino de golpe y todo junto: ya no tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma, hecha a medida de la suya. Todo lo que no veía

en ella, me parecía feo, escusado y sin provecho en el mundo; todo mi pensamiento era en ella.

Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido, ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento en la manera que oirás. El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cártama, envióle a mandar que luego dejase aquella fuerza y se fuese a Coín, que es aquel lugar frontero del vuestro, y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese. Sabida esta desastrada nueva²⁰ por mi señora y por mí, juzgad vos, si algún tiempo fuisteis enamorado, lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba: «Señora mía, alma mía, solo bien mío», y otros dulces nombres que el amor me enseñaba. «Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis alguna vez memoria de este vuestro captivo?» Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir, malparía algunas razones turbadas de que no me acuerdo porque mi señora llevó mi memoria consigo. Pues ¡quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras que hasta ahora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos dejando cada uno al otro por prenda un abrazado,²¹ con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vio en tanta necesidad y con señales de muerte, me dijo:

²⁰ *Nueva*: noticia.

²¹ *Abrazado*: abrazo.

—Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartarme de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte; tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada a Coín, donde ahora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte o por ausencia o indisposición suya, que ya deseo, yo te avisaré. Irás donde yo estuviere y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían, que todo lo demás muchos días ha que es tuyo.

Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron otro día; yo quedé como quien, caminando por unas fragosas y ásperas montañas, se le eclipsa el sol. Comencé a sentir su ausencia ásperamente buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones,²² y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dio de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos, aunque algunas veces de verla alargar tanto me causaba mayor pena y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba, porque su padre era partido para Granada, llamado del rey, para volver luego. Yo, resuscitado con esta buena nueva, apercebíme, y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes por mostrar a mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caba-

²² Hipérbole sacro profana: los lugares donde el la veía y adoraba.

llos juntos a tenerme campo porque traía mi señora conmigo, y si tú me venciste, no fue por esfuerzo, que no es posible, sino porque mi corta suerte o la determinación del cielo quisieron atajarme tanto bien. Así que considera tú ahora en el fin de mis palabras el bien que perdí y el mal que tengo. Yo iba de Cártama a Coín, breve jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más ufano Abencerraje que nunca se vio: iba ha llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, captivo y vencido y lo que más siento, que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros, y no los juzgues a flaqueza, pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narvárez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna. Si tú me prometes como caballero de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino, porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar a sus pies y le dijo:

—Rodrigo de Narvárez, si vos eso hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida. Y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

El alcaide llamó a sus escuderos y les dijo:

—Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

Ellos dijeron que ordenase a su voluntad. Y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo:

—¿Vos prometéisme, como caballero, dc volver a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

El le dijo:

—Sí prometo.

—Pues id con la buena ventura y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona o de otra cosa alguna, también se hará.

Y diciendo que se lo agradecía, se fue camino dc Coín a mucha priesa. Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron a Alora hablando en la valentía y buena manera del moro.

Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coín, yéndose derecho a la fortaleza. Como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo por ver si había algo de que guardarse y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento²³ de la lanza, que ésta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió y le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío? Que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión. Mi señora ha rato que os espera; apeaos y subiréis donde está.

El se apeó y puso su caballo en un lugar secreto que allí halló. Y dejando lanza con su darga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano lo más paso²⁴ que pudo por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa, que así se llamaba la dama. Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le sallo a recibir. Ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

²³ «Vale tanto como extremo y fin, y así decimos cuento de la lança.» (Cov.)

²⁴ *Paso*: blandamente, quedo, silenciosamente.

—¿En qué os habéis detenido, señor mío? Que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto.

—Mi señora —dijo él—, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido, mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano y le metió en una cámara secreta. Y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

—He querido, Abindarráez, que veáis en qué manera cumplen las captivas de amor sus palabras, porque desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla.²⁵ Yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona y de la hacienda de mi padre debajo de nombre de esposo, aunque esto, según entiendo, será muy contra su voluntad, que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico, mas yo vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo.

Y diciendo esto bajó la cabeza mostrando un cierto empacho²⁶ de haberse descubierto tanto. El moro la tomo entre sus brazos y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo que daros que no sea vuestro, sino sola esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa.

Y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron

²⁵ *Quitárosla*: desempeñar.

²⁶ *Empacho*: vergüenza, rubor.

muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura.

Tras esto, al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse de él, dio un gran suspiro.²⁷ La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí y le dijo:

—¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oyo sospirar revolviendo el cuerpo a todas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decías, ¿por quién sospiras?; y si no lo soy, ¿por qué me engañas-te? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré de él.

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro la dijo:

—Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento, porque el pesar que conmigo traía, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle, y así entenderéis que mis sospiros se causan más de sobra de lealtad que de falta de ella; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué quiero deciros lo que pasa.

Luego le conto todo lo que había sucedido y al cabo la dijo:

—De suerte, señora, que vuestro captivo lo es también del alcaide de Alora; yo no siento la pena de la prisión, que vos ense-

²⁷ También suspira, pero recordando a su madre, en situación semejante *Enrique Gil de Oliva* en la novela del siglo xiv.

ñastes mi corazón a sufrir, mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama con buen semblante le dijo:

—No te acongojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo, porque a mí me cumple más. Yo digo así: que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir. Y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisierdes, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre; yo os las ponné en vuestro poder; enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero y os dio una vez libertad y le fiastes este negocio, que le obliga ahora a usar de mayor virtud. Yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoo en su poder ha de hacer lo mismo.

El Abencerraje la respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien; por cierto no cairé yo en tan gran yerro, porque si cuando venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora, que soy vuestro, se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Alora y me ponné en las manos del alcaide de ella y, tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera —dijo Jarifa— que, yendo vos a ser preso, quede yo libre, pues no lo soy. Yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.

El moro, llorando de contentamiento, la abrazó y le dijo:

—Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisierdes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida.

Pues yendo por su camino adelante, hablando en hablando en diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba. El la dijo:

—Voy a Alora a negocios que tengo con el alcaide de ella, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.

Jarifa se holgó mucho de oír esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban de ella. Y volviendo al caminante le dijo:

—Decid, hermano: ¿sabéis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

—Muchas sé —dijo él—, mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fue primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor de este caballero, amaba a su marido tanto que hacía poco caso de él. Aconteció así, que un día de verano, acabando de cenar, ella y su marido se bajaron a una huerta que tenía dentro de casa; y él llevaba un gavilán en la mano y lanzándole a unos pájaros, ellos huyeron y fuéronse a socorrer a una zarza; y el gavilán como astuto tirando el cuerpo afuera metió la mano y sacó y mató muchos de ellos. El caballero le cebó y volvió a la dama y la dijo:

—¿Qué os parece, señora, del astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue y así los mata.

Ella, fingiendo no le conocer, le preguntó quién era.

—Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi.

Y comenzó a hablar de él muy altamente, tanto que a la dama le vino un cierto arrepentimiento y dijo:

—¡Pues cómo! ¿Los hombres estén enamorados de este caballero, y que no lo esté yo de él, estándolo él de mí? Por cierto, yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho.

Otro día adelante se ofreció que el marido fue fuera de la ciudad y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvárez estuvo en poco de tornarse loco de placer, aunque no dio crédito a ello acordándosele de la aspereza que siempre había mostrado. Mas con todo eso, a la hora concertada, muy a recado fue a ver la dama, que le estaba esperando en un lugar secreto, y allí ella echó de ver el yerro que había hecho y la vergüenza que pasaba en requerir aquel de quien tanto tiempo había sido requerida; pensaba también en la fama, que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon de vencerla más, y pasando por todos ellos le recibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras y en fin de ellas le dijo:

—Señor Rodrigo de Narvárez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis a mí, que todas vuestras pasiones y diligencias falsas o verdaderas os aprovecharan poco conmigo, mas agradeceldo a mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado en que ahora estoy.

Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo:

—Y cierto, señor, vos debéis a mi marido más que él a vos.

Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía a quien de él decía tantos bienes y apartándose afuera, dijo:

—Por cierto, señora, yo os quiero mucho y os querré de aquí adelante, mas nunca Dios quiera que a hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño. Antes, de hoy más, he de procurar la honra de vuestro marido como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo.

Y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero a mi parecer usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.²⁸

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento y alabándole mucho él dijo que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió:

—Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso, mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera y pudo más con él la honra del marido que la hermosura de la mujer.

Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego llegaron a la fortaleza y llamando a la puerta, fue abierta por las guardas, que ya tenían noticia de lo pasado. Y yendo un hombre corriendo a llamar al alcalde, le dijo:

—Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama.

²⁸ Es un cuento conocido desde el siglo XII, y algunos investigadores creen que fue tomado de un cuento de *Il Pecorone* del escritor de Florencia Ser Giovanni del siglo XIV.

Al alcaide le dio el corazón lo que podía ser y bajó abajo.²⁹ El Abencerraje, tomando su esposa de la mano, se fue a él y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de traer un preso y te trayo dos, que el uno basta para vencer otros muchos. Ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa. Recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos y dijo a la dama:

—Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en vuestra casa; y tenelda de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Y con esto se fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje:

—Señor, ¿qué tal venís de las heridas?

—Paréceme, señor, que con el camino las trayo enconadas³⁰ y con algún dolor.

La hermosa Jarifa muy alterada dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿Heridas tenéis vos de que yo no sepa?

—Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de las escaramuzas de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

—Bien será —dijo el alcaide— que os acostéis y verná un zurujano³¹ que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jarifa le comenzó a desnudar con grande alteración; y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y

²⁹ Pleonasma.

³⁰ *Enconadas*: infectadas.

³¹ *Zurujano*: médico, cirujano.

con un unguento que le puso, el quitó el dolor y de ahí a tres días estuvo sano.

Un día acaeció que, acabando de comer, el Abencerraje dijo estas palabras:

—Rodrigo de Narváez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás. Yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa; no quiso quedar en Coín de miedo de haber ofendido a su padre; todavía se teme de este caso. Bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances de él que nos perdone su padre por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo:

—Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere.

Y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así:

CARTA DE RODRIGO DE NARVAEZ, ALCAIDE DE ALORA,
PARA EL REY DE GRANADA

Muy alto y muy poderoso
rey de Granada:

Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crio en Cártama en poder del alcaide de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija. Después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín. Los enamorados por asegurarse se desposaron entre sí. Y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su

fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero. Y contándome su caso, apiadándome de él, le hice libre por dos días; él se fue a ver a su esposa de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga.³² Viendo ella que el Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él y así están ahora los dos en mi poder. Suplícote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que éste y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven. Suplico a tu real alteza que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí. Yo les perdonaré el rescate y les soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre de ella los perdone y reciba en su gracia. Y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que de ella siempre esperé.

Escrita la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey se la dio; el cual, sabiendo cómo era, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

—Lee esta carta que es del alcaide de Alora.

Y leyéndola recibió grande alteración. El rey le dijo:

—No te congojes, aunque tengas por qué; sábetete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora, que no lo haga. Y así te mando que vayas luego a Alora y te veas con él y perdones a tus hijos y los llesves a tu casa, que, en pago de este servicio, a ellos y a ti te haré siempre merced.

El moro lo sintió en el alma, mas viendo que no podía pasar el mandamiento del rey, volvió de buen continente y dijo que así lo haría, como su alteza lo mandaba.

³² La enamorada.

Y luego se partió a Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había osado y fue de todos recibido con mucho regocijo y alegría. El Abencerraje y su hija parecieron ante él con hasta vergüenza y le besaron las manos. El los recibió muy bien y les dijo:

—No se trate aquí de cosa pasada. Yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogistes mejor marido que yo os pudiera dar.

El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

—Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo que sola la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráz, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisierdes.

Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía; y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

—Hijos, ahora que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo, que no por haber usado con vosotros de tanta gentileza ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor. Yo os quiero dar seis mil doblas zaenes;³³ enviádselas y tenelde de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes.³⁴

³³ *Zaenes*: zahenes. «Moneda morisca de oro, puro y resplandeciente.» (Cov.)

³⁴ Regiones.

Abindarráez le besó las manos, y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro dargas, las envió al alcaide de Alora y le escribió así:

CARTA DEL ABENCERRAJE ABINDARRÁEZ
AL ALCAIDE DE ALORA

Si piensas, Rodrigo de Narvárez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío, me dejaste libre, engañaste, que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón; las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones. Y si tú por alcanzar honra y fama, acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo. Recibirás de ese breve presente la voluntad de quien la envía, que es muy grande, y de mi Jarifa, otra tan limpia y leal que me contento yo de ella.

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente y recibiendo de él los caballos y lanzas y dargas, escribió a Jarifa así:

CARTA DEL ALCAIDE DE ALORA
A LA HERMOSA JARIFA

Hermosa Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa

ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo para ayudarle a defender de sus enemigos. Y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recibirlo yo pareciera codicioso mercader; yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo. Y también, señora, yo no acostumbro robar damas, sino servir las y honrar las.

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las recibió y dijo: —Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez de armas y cortesía, pensará mal.

De esta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos y trabados con tan estrecha amistad, que les duró toda la vida.



Luzmán Cautivo*

JERÓNIMO DE CONTRERAS

Con próspero viento yendo la nave en que Luzmán iba, ya cerca de las costas de España, les dio un viento contrario y anduvieron tres días sin poder tomar puerto, y al cuarto día dio con ellos un galeón que de Constantinopla venía, muy poderoso, el cual iba a la ciudad de Argel; y como la nave vido, el capitán dél acometióla; y aunque se defendió todo un día, como el galeón viniese más armado y con mucha gente de guerra, húbola de tomar, y así fue cautivo Luzmán y todos los que en la nave venían, siendo algunos muertos y mal heridos. El capitán del galeón luego volvió su camino la vuelta de Argel,¹ y allí, desembarcado que fue, hizo partes de lo que habían ganado, y repartió los cautivos. A Luzmán compró un rico moro, pariente muy cercano del rey llamado Laudel, y como le viese mozo, preguntóle:

—Di, cristiano, ¿de qué me podrás mejor servir? ¿Sabes por ventura algún oficio?

Luzmán, que desde que le prendieron había dado a Dios muchas gracias diciendo: «Señor, yo conozco que por mis pecados y poca fe me han venido estos trabajos,² por los cuales te ruego seas servido darme paciencia y entendimiento para salir dellos».

* De *Selva de aventuras*.

¹ En dirección a. «Tomó la vuelta de la sierra.» (Perez de Hita.)

² *Trabajos*: tormentos, molestias, sufrimientos. «Al lloroso evxercicio del cuidado/vuelvo de mis trabajos perseguido.» (Fernando Herrera.)

Y así agora, cuando ese moro le preguntaba qué oficio tenía, en su corazón daba a Dios muchas gracias, y respondió a Laudel:

—Yo no tengo ningún oficio, que no lo aprendí; mas servirte he en lo que me mandares, que cualquiera cosa haré poniéndome en ella.

A Laudel le pareció bien Luzmán, y mandó que le metiesen en una grande y hermosa huerta que tenía, y que allí sirviese con otros esclavos al hortelano mayor, el cual siempre andaba por la huerta aderezándola y haciendo en ella cosas primorosas, porque era la mejor que en aquella tierra había.

Luzmán se dio tan buena maña con su grande habilidad y gentil entendimiento, que en menos de un año hacía tales cosas, que el hortelano era tenido en poco, y Laudel se venía a su huerta, y hablaba muchas veces con él y quería mucho, viendo con cuánto artificio trazaba los lugares que eran más agradables para dar contentamiento, y plantaba y enjería³ los árboles maravillosamente. Asimismo por su orden y consejo se hizo un laberinto, en el cual pocos entraban que acertasen a salir: y en medio dél se hizo una fuente, de su juicio trazada,⁴ que el rey y todos los nobles de la ciudad venían a verla por gran maravilla. Pues con estas cosas, y más su bondad, Laudel lo estimaba mucho.

³ *Enjería*: injertaba. «Así tales árboles se pueden enxerir en otros que hagan lo mismo; y esto es muy contino en los árboles que son muy semejantes; y los enxeren pasando los unos por otros.» (Gabriel Alonso de Herrera, *Obra de Agricultura*.)

⁴ «Trazar [...] es cuando se delinea alguna obra la cual se demuestra por planta y monte, y porque para llegar a su perfección se va traçando y cortando.» (*Cov.*)

Este Laudel tenía un solo hijo, llamado Calimán, el cual desde niño se había criado en la corte del Gran Turco⁵ y en su palacio; era muy gentil hombre y de nobles costumbres.

Pues desta manera y en esta vida estuvo Luzmán cinco años cautivo, estando siempre llorando y sospirando cuando solo se veía; bien sabía él que si escribiese a sus padres, que luego le rescatarían, pues eran tan ricos y él heredero de todos sus bienes; mas no podía acabarlo con su corazón, antes estaba determinado de morir allí en servicio de Laudel, que entre aquellos árboles mirando al cielo rogaba a Dios se acordase de su ánima y aquella vida la tomase por penitencia y desculpa de sus yerros; y con este pensamiento, y conformándose con la voluntad de Dios, estuvo todo este tiempo. Mas nuestro Señor, que en los mayores trabajos y adversidades no se olvida de aquellos que a El se encomiendan, y que tienen la esperanza en su socorro, como este caballero, en quien estaban tantas virtudes y nobles costumbres, con celo de caridad, y así se acordó dél, como se contará; y fue así que a Laudel su amo le dio una enfermedad, de la cual murió, y de su muerte recibió Luzmán gran descontentamiento, y lloró por él como si su padre fuera. Luego los parientes de Laudel escribieron a su hijo, enviándole a decir su muerte, y pidiéndole que luego se viniese, y llegada la carta, Calimán se fue ante el Gran Turco, y le dijo la muerte de su padre y le pidió licencia.⁶ El Gran Turco se la dio, y muy acompañado se metió en la mar, y así llegó a la ciudad de Argel, siendo muy bien recibido del rey, como aquel que era mucho su pariente.

⁵ El emperador de Turquía. «Vino por parte del Gran Turco, el cual por parecerle bien, le hizo ataviar.» (Juan Timoneda, *El Patrañuelo*.)

⁶ *Licencia*: permiso. «Tardabas en darme / a la partida licencia.» (Fernando de Herrera.)

Pues como hubiese ya tomado la posesión de su hacienda, y anduviese más descansado que antes, obró luego en él el amor otro nuevo pensamiento del que antes tenía, y fue que se enamoró de la hija del rey, llamada Arlaja; y tanto en extremo fue su amor, que no comía, ni bebía, ni podía dormir, sino siempre andaba pensando cómo pudiese descubrirle su nueva herida. Pues como un día Arlaja saliese a caza a un hermoso soto; Calimán se llegó a ella y le descubrió su corazón y la causa de su tristeza, y que si no le remediaba tomándole por marido, que él no podía dejar de morir presto. Arlaja le desdeñó mucho, diciéndole que había tenido grande atrevimiento, y que supiese que el rey su padre ya la tenía en su voluntad casada, y por eso que no hablase más en aquel hecho. Pues con esta respuesta Calimán quedó muy triste; mas no por eso dejaba de hacerle mil servicios y andar ricamente vestido, haciendo cada día por ella muchas fiestas, donde ya claro se entendía cómo la amaba y el deseo que tenía.

Pues en este tiempo Luzmán andaba en su huerta, regándola con muchas lágrimas, y una tarde, hallándose muy triste, se acostó debajo de un árbol, y como comenzase a dormir, luego comenzó a soñar que se hallaba en un deleitoso vergel, riberas del mar, y que estando así veía venir a su señora Arbolea, vestida toda de blanco, y que la traía de la mano un mancebo, el más hermoso que podía ser visto, el cual parecía que le decía:

—Ves aquí, Luzmán, a Arbolea, la cual conmigo está desposada, porque soy más hermoso que tú y tengo más riquezas; y por eso despídete de casar con ella, y el tal pensamiento salga de tu memoria.

A Luzmán le parecía arrancársele el alma con estas nuevas,⁷ y que decía llorando a su señora:

—¿Es verdad, hermosa Arbolea, lo que este mancebo dice, y que tú me despreciaste a mí por otro ninguno?

A las cuales palabras ella le respondió:

—Mi verdadero hermano, yo nunca te desprecié ni agora te desprecio; más siempre te tuve aquel amor que se pudo tener, limpio y casto como en este que yo tengo a este mi esposo, así que, has de creer que yo soy suya y de otro jamás seré.

Y diciendo esto desapareció ella y el mancebo delante de sus ojos.

Luzmán con gran sobresalto recordó,⁸ y considerando las palabras de la sabia Cuma, que sobre aquel hecho le había dicho, junto con el sueño que en su cueva había soñado, y lo que agora durmiendo había visto, creyó que verdad fuese, como aquel que verdadero amor le hacía estar siempre pensando en ella. Pues con esta imaginación y gran tristeza comenzó a verter muchas lágrimas y a decir:

—Grande y poderoso debe ser el humano sufrimiento que puede resistir a los golpes de la mudable fortuna, y de liviano⁹ peso los dolores que pueden estar mucho tiempo encubiertos: mudanzas tiene la vida, prestados son sus placeres, y de grande merecimiento el ánimo que resistiendo a sus persecuciones se conforma con la voluntad de aquel por quien se reciben; por cierto yo no

⁷ *Nuevas*: noticias. «Hobo nuevas como el Duque Morante... venía sobre él.» (*Caballero del Cisne*.)

⁸ *Recordó*: despertó. «Recuerda desse sueño adormecido.» (Fernando de Herrera.)

⁹ *Liviano*: de poco peso. «O tiempo [...] las cosas que revuelven y quebrantan/movibles, graves, firmes, livianas.» (Fernando de Herrera.)

puedo creer que tú, mi señora Arbolea, me hubieses olvidado, ni que por otro me dejases, siendo tan verdadero mi amor.

Fue tanta la congoja que a Luzmán vino desde este día, que no bastando su discreción ni sufrimiento, enfermó y estuvo muchos días a punto de muerte; mas como Nuestro Señor no permitiese que allí acabase sus días, comenzó a convalecer, y así andaba por la huerta muy flaco; y una tarde, estando debajo de unos rosales aderezándolos, por tomar algún consuelo comenzó a cantar, por quitar parte de su cuidado, y lo que cantaba era lo siguiente:

no puedo mi dolor más encubrillo,
que a ti, señora, ya que lo causaste,
que yo quedo contento con decillo.

Pues ya que el corazón su tiempo gaste
en darte de mi mal estrecha cuenta
en solo ser por ti, señora, baste.

Baste por galardón de mi tormenta,
tormenta desigual de mi tormento;
salida de la mar que causa afrenta.

Pues cuando pensé ser libre y exento
del mal que causa amor buscando ausencia
me hallé con mayor afligimiento.

Aquello fue vivir, cuando en presencia
estaba yo, señora, ante tus ojos,
que no pude hallar en ti clemencia.
Aquellos que yo tuve por enojos,
si bien los conociera, me eran gloria,
y mío el vencimiento y sus despojos.

Ausencia me quitó de la victoria,
ausencia me robó mi buena suerte,
alejándome herida la memoria.

Ausencia es dolor mayor que muerte;
ausencia es un fin que poco dura,
derribando de presto lo más fuerte,
y la ausencia es sí es una figura
de pesar, quitador del bien ajeno,
y cárcel del dolor, horrible, oscura.
Ausencia me quitó mi tiempo bueno,
dejándome mortal, pobre y sin vida,
cubierto el corazón de su veneno.
Señora, bien verás por despedida
morir quien te sirvió desconsolado
en tierra de dolor no conocida.

Yo soy una marmota,¹⁰ descuidado,
perdido tengo el ser que poseía,
y soy como animal bruto tornado.

Yo llorando andaré de noche y día
por ver si acabarán mis tristes daños,
salteados por ti los dulces años
en los cuales busqué la muerte mía.

Estando Luzmán cantando estos versos en la propia lengua morisca, como aquel que maravillosamente la hablaba; y cantá-

¹⁰ Es la marmota, que por su profundo sueño vulgarmente es el nombre que se da al dormilón y en este caso al descuidado.

balos tan lastimosamente y con tanta gracia, que maravilla era; allegó Calimán cerca de aquel lugar, que, como su corazón enamorado estuviese, en ninguna parte podía reposar, y así por hallar reposo y a solas contemplar la hermosura de Arlaja, se andaba paseando por la huerta. Pues muy contento de oír lo que Luzmán había cantado, se vino para él, y como le viese tan flaco díjole:

—Di, cristiano, ¿de qué tierra eres?

Luzmán que vio a su nuevo señor, humillándose respondióle:

—Señor, mi naturaleza¹¹ es España.

—¿Cuánto ha que estás en esta tierra? —le dijo Calimán.

—Va en seis años que soy cautivo y estoy en esta huerta.

—¿Has estado enfermo —preguntó Calimán— que muy flaco te veo, o por ventura trátante mal, no te dando lo que has menester?

—No soy maltratado —dijo Luzmán—, ni nunca lo fui, que Laudel, tu padre y mi señor, mucho me quiso.

—¿Qué era aquello que cantabas? —dijo Calimán—, que cierto me pareció muy bien, y lo que dello entendí es que mostrabas estar enamorado. Dime por tu vida si es verdad.

—Señor —respondió Luzmán—, por amor soy venido en ajena tierra y en poder ajeno.

—¿Cómo puede ser esto? —dijo Calimán— ¿Quién ha sido la causa en esta tierra?

—Yo te lo diré —respondió Luzmán—, porque a tal hombre como tú no se debe negar lo que pide. En mi patria me hirió ese amor de quien me quejo, porque amé a una doncella muchos años, y al fin dellos fui della despreciado, no queriendo casarse conmigo; por esta causa me partí de su presencia, dejando a mis padres y parientes, y me vine desesperado por el mundo, y fui así

¹¹ «Naturaleza se toma por la casta y por la patria o nación.» (Cov.)

cautivo en la mar y traído a esta tierra; y así acordándome de lo pasado canto algunas veces, aunque se podría llamar llorar antes que canto, porque mal puede cantar quien siempre llora.

Cuando Calimán oyó las palabras de Luzmán, hubo lástima dél, y túvole por hombre de buena razón; y como él estuviese lastimado de la misma herida, respondióle diciendo:

—Yo te digo, cristiano, que me pesa de verte tan maltratado por amores, como aquel que no menos que tú lo está; y así entiendo muy bien cuánto duele esa llaga, y adónde llega un disfavor, porque te hago saber que yo amo y no soy amado, y sirvo¹² sin ser agradecido; de manera, que sin esperanza me sustento, pasando dolorosa y amarga vida; y pues a ti te ha sucedido lo que a mí me sucede, de aquí adelante te querré más y hablaré contigo, que podría ser me dices algún consejo, que por hombre muy discreto te tengo.

—Señor, servirte he cuanto yo pudiere, aunque consejo mal te lo puede dar quien para sí no lo ha tenido.

—Bien está, —dijo Calimán—, mas has de saber que un enfermo huélgase de hablar con otro que ha tenido o tiene su enfermedad.

Pues estas palabras y otras muchas pasó Calimán este día y otros muchos con su cautivo Luzmán, y vínole a tomar tanta afición que no se hallaba¹³ sin él y honrábale mucho, y contábale toda su vida, y descubríale sus secretos.

¹² Servir tiene aquí el sentido poético y medieval de «amar», en que el enamorado considera su afecto a la dama como una tarea del vasallo a su *señora*; así dice el romancero: «cuando los enamorados van a servir al amor».

¹³ Estaba contento, satisfecho, tranquilo.

Pues estando un día Calimán muy triste, viendo que no aprovechaban servicios para ablandar la crueza¹⁴ de Arlaja, Luzmán estaba con él consolándole con muchas buenas razones; Calimán le dijo:

—¿Sabes que he pensado que tú, pues tienes tanta gracia en cantar, que esta noche te vayas conmigo a un lugar donde yo te llevaré, y que digas algo a la crueza de mi señora Arlaja? podrá ser que la moverás a piedad, como me moviste a mí compasión cuando te oí cantar en la huerta.

—Muy bien me parece —dijo Luzmán—, lo que, señor, decís: yo llevaré un laúd y diré alguna cosa que os contente.

Esto concertado, a la noche Calimán se fue llevando consigo a Luzmán, y entró en lugar donde muy bien Arlaja podía oír lo que se cantese; y allí Luzmán tañó maravillosamente, tanto que Arlaja se levantó, y cubriéndose un rica ropa se puso a escuchar lo que se tañía y cantaba, que decía así:

La crueza y hermosura
dos contrarias cosas son,
por lo cual niega razón
permitas mi desventura
en pago de mi afición.

Y así digo:
que deseches la crueza,
pues crueza y gentileza
no es bien que moren contigo.

Si me llamas, ¿por qué l'amas
me queman desta manera?

¹⁴ *Crueza*: crueldad. «Temiendo la crueza de la Titania estirpe.» (Fernando de Herrera.)

responde, flor de las damas:
¿por qué permites que muera,
y en mi venganza te inflamas?

Ay de mí,
que en triste fuego me quemo,
y con saber que es así
ni lo precio ni lo temo.

No permitas la venganza
deste que tienes tendido,
ni quieras mostrar olvido
a quien con tanta esperanza
a tus manos es venido.

Mas yo quiero
lo que tu voluntad quiere;
que quien muere como muero
entiéndase que no muere.

No me quieras despreciar,
porque moriré más presto:
echa la culpa a tu gesto¹⁵
el cual me pudo forzar
con su ser puro y honesto,
y así siento
dolor en ser desdeñado,
que el corazón desamado
luego pierde el sufrimiento.

¹⁵ *Gesto*: «El rostro y la cara.» (Cov.)

Vuelve los ojos, señora,
 un poco más regalados
 a mis ansias y cuidados;
 que no es bien que en toda hora
 los quieras tener airados;
 que esa ira
 es mi muerte muy temprana
 siendo tú tan inhumana
 a quien llorando sospira.

Si tienes por mejor suerte
 mi morir, yo moriré;
 mas, ¿qué ganas en mi muerte?
 Cata que es firme la fe
 que tuve y tengo con verte,
 de manera
 que muchas veces me arguyo
 cómo muero siendo tuyo,
 o tú permites que muera.

Tan dulcemente cantó esta coplas Luzmán con la suavidad de su tañer, que la hermosa Arlaja quedó maravillada y algún tanto le ablandaron el corazón; y otro día preguntó a Calimán quién era el que había cantado la noche antes, que no poco favor fue para él preguntarle Arlaja esto; y respondióle:

—Señora, un cautivo mío cristiano; que también ha sido herido del amor como yo.

—Tan buen hombre como ese no merece estar cautivo —respondió Arlaja—, antes merece libertad.

—¿Cómo podrá darla —dijo Calimán—, quien no la tiene para sí?

—Mucho me holgué de oírle, —respondió Arlaja.

—Pues haré yo, señora, —respondió Calimán— que le oyas¹⁶ muchas veces.

Pues desta manera oyó Calimán palabras de algún favor de la boca de su señora, y con esto se volvió muy alegre a su posada, y abrazando a Luzmán le dijo:

—Amigo, en gran obligación te soy, pues por tu causa he recibido hoy el mayor favor que hasta aquí había recibido; porque mi señora me ha dicho que se ha holgado en oírte cantar, y así te ruego que esta noche le tornes a decir alguna cosa.

—Señor, dijo Luzmán, yo haré todo lo que vos mandéis y no faltará qué decir.

Pues así muchas noches Luzmán fue con Calimán, y tañía y cantaba muchas cosas en alabanza de Arlaja; y de aquí nació entre ella y Calimán mucha conversación, de manera que lo que no pudiera acabar Calimán por sí lo acabó por ajena mano, porque las palabras suaves de Luzmán la comenaron a mover, y deste movimiento vino a hablar como está dicho a Calimán, y desta habla nació conversación, y desta conversación comenzar ella a quererle bien, y deste quererle bien comenzarle amar; y vino esto en tanto grado que se casó con él, y aunque hubo algunas diferencias cuando vino este hecho a noticia del rey, húbose al fin de apaciguar por ser Calimán su pariente y tan principal hombre; el cual, después de los días del rey, lo fue él por falta de un hijo que el rey tenía.

Pues viendo Calimán cumplido su deseo, que había sido la causa Luzmán, como buen caballero y hombre agradecido quiso-le pagar sus servicios; y así un día haciéndole llamar, le dijo:

¹⁶ *Oyas*: oigas.

—Desde aquel día que me dijiste la causa de tu tristeza, y cómo, por la crueldad de aquella a quien amabas, habías dejado tu tierra, hube de ti gran compasión; pues habiendo después de ti recibido tan aceptos¹⁷ servicios, los cuales han sido parte para que yo mereciese alcanzar el bien que tengo, sin el cual ya fuera muerto, he acordado de te galardonar¹⁸ lo que te debo; y no puedo hacer más por ti que darte aquello que es más dulce y más amado y deseado que la vida, y esta es la libertad, la cual no solo buscan los hombres, mas los animales; y así desde agora te puedes tener por libre y hacer de ti a tu voluntad, y irte cuando te pluguiere, que yo haré que seguramente te lleven hasta te poner en España, y toma de mi haber lo que menester hubieres; y ruégote que no me olvides, a lo menos en avisarme de cómo te va, que recibiré en ello gran contento.

Luzmán que entendió las palabras de Calimán, y cómo le hacía libre, en su corazón dio gracias a Dios y respondióle diciendo:

—Por cierto, señor nunca miré tu rostro, ni consideré tu virtud con menos ojos de aquellos que agora veo la gran nobleza que conmigo usas; y así siempre me ternás en la cuenta de tu cautivo, pues yo no podré olvidar la honra que me has hecho, no como señor, mas como si fuera tu hermano; y así te suplico tengas por bien que luego me pueda partir a ver aquellos que me engendraron, y a ver si son vivos.

Calimán le abrazó, y luego dio orden para que le llevasen en una fusta¹⁹ y le pusiesen a la costa de Málaga.

¹⁷ *Aceptos*: agradables.

¹⁸ *Galardonar*: premiar. «Galardonar, remunerar.» (Cov.)

¹⁹ «Género de navío, galera pequeña, vaso ligero, de que usan los corsarios que andan a robar por la mar.» (Cov.)

Novela del gran Soldán, con los amores de la linda Axa y el príncipe de Nápoles*

LUCAS GRACIÁN DANTISCO

En la gran Persia hubo un Soldán, que por su esfuerço y valor había conquistado mucha tierra, al cual habiendo faltado la vista de los ojos de un accidente que le sobrevino, sentía la ceguedad más por no poder proseguir las empresas comenzadas, que por el fastidio que le daba. Este, pues, habiendo juntado todos los físicos¹ de su reino para que le aplicassen remedio a su enfermedad, sus vassallos, desseosos desto, le truxeron un muy famoso médico cristiano, que por infortunios había venido en poder de un baxá.² Déste tenía esperança el Soldán le daría remedio, como le había dado a otros sus vassallos en muy peligrosas enfermedades, y assí, con grandes promessas que le hizo de libertad y riqueza, se puso en sus manos.

El físico hizo con muchas experiencias todo lo más que pudo, pero no bastando remedio humano que le hiziesse, se escusó con el señor, suplicándole conociesse su buen desseo y voluntad. La cual no fue con tal intención recebida. Antes el Soldán tomó sospecha que por ser cristiano le encubría la salud, y mandóle meter en muy cruel prission, ordenando que si dentro de ocho días no le

* De *Galateo Español*.

¹ *Físicos*: médicos.

² *Baxá*: título nobiliario turco, [...] personaje del consejo de estado. «Cuatro bajáes/y dos hijos tengo aquí pequeños.» (Lope de Vega, *El negro de mejor amo*.)

diese remedio bastante para cobrar³ la vista, fuesse despedaçado de sus leones.

Este pues, habiendo estado los siete días en una mazmorra, viendo la muerte tan cercana, determinó de buscar manera cómo alargar la vida, entreteniendo al Soldán con fingidas esperanças; y assí pidió le llevassen ante él, porque le quería dar remedio. Pues en su presencia, después de haberse escusado de no se la haber dado antes, le dixo que una sola cura había hallado, pero que había de tener paciencia por algunos días, porque se le dilataría la cura, aunque no mucho, si con diligencia se buscasse un mancebo de noble sangre, valiente, bien acomplissionado, hermoso, sabio y bienquisto. Porque con la sangre y sustancia del corazón dél, mediante los polvos y hierbas que él pondría, cobraría su vista, como le diessen a él lugar de buscar algunas hierbas para este efecto.

El Soldán, aceptando su consejo, le dio licencia que pudiesse andar libre por su real palacio. Y con esta esperança comunicó su contento con la Soldana y con la linda Axa,⁴ su hija donzella famosa por su estremada hermosura y valor. Despachó luego el Soldán algunos de sus baxás por diversos reinos, para que le buscasen un prisionero cual convenía para su remedio, prometiendo grandes mercedes al que acertasse con la empresa.

Sucedió que, como uno de sus capitanes llegasse con una galera a un puerto del reino de Nápoles, y allí tuviesse aviso que algunos caballeros andaban por aquella parte a montar, púsose en emboscada para hacer la presa.

Andaba en aquella sazón el Príncipe de Nápoles por aquella parte a caça, el cual en seguimiento de un corço se había apartado

³ *Cobrar*: recuperar. «Recuperar es cobrar lo que estaba perdido.» (Cov.)

⁴ «Vale tanto, en lengua árábica, como la adornada y ataviada.» (Cov.) Era también nombre bíblico; así se llama la hija de Caleb. (*Libro de Josué*, cap. xv, v. 16.)

de los suyos. Este, pues, era moço de veinte y tres años, dotado de todas las calidades que el médico cristiano había pedido. El cual, siendo salteado de los turcos, aunque se defendió como muy valiente caballero, después de haber muerto y herido algunos, con gran presteza fue preso y puesto en galera y llevado al gran Soldán, que ya que no le conocieron por príncipe, todavía sospecharon ser caballero de alta suerte.⁵

Qué tal fuese la tristeza con que en aquel reino quedaron el rey y la reina, sus padres, y vasallos de la pérdida del príncipe, bien se dexa entender, y así dexándolo para su tiempo, diremos de su viaje, que fue tal que en breve llegaron a la gran Persia, adonde luego fue presentado al Soldán, el cual muy contento, llamó al doctor cristiano, para que, siendo tal aquel caballero cual convenía para su salud, pusiese por obra el remedio.

El físico, viéndose atajado y confuso, habló al Soldán aparte desta manera:

—Gran señor, yo no puedo negar que éste mancebo no sea cual conviene para sanar vuestra ceguedad, pero él viene alborotado y lleno de corage, y si los humores y complisión no están sossegados, no tendrá virtud su corazón para nuestro efecto. Es necesario que sossiegue algunos días y se dé orden cómo este captivo tenga contento, aunque sea con vanas esperanças de su libertad.

Esto le pareció bien al Soldán, y luego lo comunicó con su muger la Soldana y con la linda Axa su hija, y ellas se ofrecieron, si se le dexaban en su servicio, de hazelle tales regalos y promesas de libertad que presto estuviesse bueno y contento.

Y así fue hecho. Porque luego que fue llevado el príncipe al aposento de la Soldana, que era muy hermoso cuarto y salía a una ribera de un caudaloso río, que entraba en la mar, fue em-

⁵ *Alta suerte*: alta categoría, de gran nobleza.

pleado por más favor en el servicio de la hermosa Axa, la cual de industria y por mandamiento de sus padres le había de regalar y mostrar mucho favor. Asimismo tenía orden el doctor de entrar cuando quisiese a la cámara de la reina y princesa para dar aviso, cuando el cristiano estuviese en su punto, y avisar al Soldán para hazer el sacrificio. Viendo el príncipe el buen tratamiento que le hazían, no podía pensar de adónde naciesse tanto regalo y tan de presto, aunque sospechaba ser la causa habelle conocido. Y como él de suyo fuesse tan agradable y perfecto galán, supo tan bien agradecer, y servir con tanta destreza y gallardía a su nueva señora Axa, que la voluntad fingida y de industria dissimulada, que ella mostraba, se convirtió en un amor entrañable y verdadero. Este le pagaba el príncipe con otro tal, y assí se amaban secreta y recatadamente, tanto, que cuando se miraban les parecía estar en gloria. El doctor, que en esta sazón no tenía los pensamientos ociosos, viendo la priessa que le daban, procuraba medio cómo poder huir, porque tenían aplazado que de ahí a cinco días había de ser el sacrificio del cristiano, y no saliendo con el remedio, él había de ser despedaçado de los leones.

En esta sazón, saliéndose un día sobretarde⁶ paseando por la huerta la Soldana y su hija con el cristiano, se apartó la princesa y el príncipe, puesta la mano en su hombro, y mirándole muy tiernamente, le conjuró por el mucho amor que le tenía le dicesse quién era, prometiéndole de se lo tener en secreto; el cual con mucha confiança de su amor, y en la fuerça de la fe y palabra que su señora le había dado, le contó la verdad cómo era príncipe y único heredero de Nápoles, suplicándola todavía no le descubriesse, por la mucha dificultad que habría para su rescate. Pues assí como ella entendió quién era, y el peligro en que estaba, co-

⁶ *Sobretarde*: a la caída de la tarde, al anochecer.

mençó a llorar amargamente, aunque por amor de su madre lo dissimuló lo más que pudo.

A este punto la Soldana hizo del ojo⁷ al doctor que se llegasse y viesse si estaba en buena sazón el cristiano, diziéndole la buena maña que se daba su hija en engañarle para le tener bueno y contento. Y ella se quedó a la mira, aunque algo distante, allí en la huerta. Pues como el doctor llegasse adonde estaban los dos amantes, la linda Axa le començó a maldezir dissimuladamente, y dezille que diesse orden cómo no se hiziesse lo concertado, y su padre sanasse por otra vía. Si no, que entendiesse que si se hacía como había propuesto, aunque sanasse, le había de hazer matar; cuanto más que ella entendía que todo era maraña, para alargar la vida. Y volviéndose al príncipe le dixo:

—Ya, señor, no es tiempo de encubriros lo que passa, sino que aquí tratemos del remedio.

Contóle la sentencia que le estaba dada, y todo lo que passaba, de qué manera le tenían, por consejo de aquel médico, la muerte aparejada. Pero que no tuviesse pena, que ella daría traça⁸ como se pudiesse librar. Para lo cual se habían de poner todos tres, como estaban, en huida en una barca, que a la ribera estaba, encomendándose a su buena fortuna.

Y allí le prometió de ser cristiana y le pidió palabra de esposo para que la llevasse a su reino, por princesa dél, y que mediante algunos hechizos, que ella había deprendido de su madre, daría orden como poner sueño el día siguiente a la Soldana y a sus damas, para que en este medio se pudiesen ir todos tres con todo el tesoro de su padre, del cual ella tenía las llaves.

⁷ *Hizo del ojo*: guiñar el ojo, hacer señas de complicidad. «Tengo sospecha que vosotros os vais haziendo del ojo, para que apruebe el uno lo que dice el otro.» (Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*.)

⁸ *Traça*: buscar manera, hacer como.

El príncipe quedó atónito cuando supo lo que passaba, y mucho más de la destreza y habilidad de su señora, y del mucho amor que le mostraba. Lo cual agradeció lo más y mejor que allí pudo. Y no viendo la hora de ver puesto por obra este negocio, se concertó para otro día en acabando de cenar la Soldana. Y assí tomaron su acuerdo conforme a la traça de la hermosa Axa.

El día siguiente ella se metió en la cámara del tesoro de su padre, y allí apartaron en unos cofres las mejores joyas y piedras de valor que había, con toda la suma de oro, que todo era innumerable cosa, y quanto por el Soldán y sus antepassados estaba allegado de muchos años. Esto hecho, tuvo orden como tener prevenida una barca de las mejores de la ribera, con achaque que la quería para holgarse ella y su madre y algunas damas, según otras vezes solían hazer.

Venida la noche y acabada la cena, la hermosa Axa mediante los encantamientos y mágica que sabía, puso por la obra uno, que fue pegar una cédula⁹ escrita con sangre de dragón¹⁰ en un pergaminillo. El cual no le hubo prendido en la ropa de la Soldana cuando le vino un sueño profundíssimo, y tal que quedó sin acuerdo hasta bien entrado el sol del día siguiente. Luego mandó que se retirassen todas las mugeres, y escondió al príncipe y al doctor en la misma cámara del tesoro, y cuando entendió que todos estaban recogidos durmiendo, y que la Soldana no podía despertar, se fue muy alegre a su dulce esposo, y finalmente todos tres ayudándose muy bien, cargaron de toda aquella riqueza en

⁹ «Es un pedaço de papel o pergamino donde se escribe alguna cosa.»

¹⁰ «La verdadera sangre de drago es la que corre del dragón [serpiente] que ha peleado con el elefante, el cual cargándosele encima, le revienta; porque el dragón se le ase de la barriga, a causa que por aquella parte tiene el cuero delgado, y de la sangre que le ha chupado y sacado y de la propia suya resulta la verdadera sangre del dragón.» (Cov.)

cofres, y poco a poco lo metieron en la barca, habiendo, entre las otras cosas de grande estima, tomado una espada, que fuera de la pedrería que tenía, era de tal valor que por donde cortaba deshazía todos hechizos y encantamientos. Y assimismo una sortija de memoria, toda de un diamante assí el cerco como la piedra, hecha en dos medias, que cuando se juntaban, tenía virtud de acordarse quien la tenía de todo cuanto pudiesse haber hecho, y passado por él hasta aquel punto.

Con este tesoro y ricos vestidos que Axa recogió, se fueron todos tres a la barca, que ayudada de las velas y remos, se dieron tan buena maña, que metidos en la alta mar con tiempo próspero, iban caminando la vuelta de Nápoles, el cual reino descubrieron una mañana al amanecer. Era grande el gozo de todos tres, especial el de la hermosa princesa, que con amorosas palabras solemnizaba su contento en haberse presto de ver cristiana, y en compañía de su amado príncipe.

En este punto vio Axa desde muy lexos assomar una barca, que venía hazia ellos con gran furia, y muy congoxada se volvió al príncipe diziendo:

—Ay, mi señor, que aquella barca que hemos descubierta, es de la Soldana mi madre, que con su mágica y encantamientos nos ha de destruir sin resistencia.

El príncipe la consolaba, haziendo donaire que una sola muger le pudiesse conquistar. Pero el mayor consuelo que ella tuvo, fue acordarse de la espada que el príncipe traía del Soldán; y assí aunque con gran miedo, y muchas lágrimas, le aconsejó que no había otro remedio, sino que con aquella espada cortasse cualquiera cosa que a su barca passasse, y no la dexasse arrimar, que serían perdidos. En este medio ya llegaba la Soldana con gran

braveza deshonrándolos y llamando de rufián¹¹ y mala muger, y amenazándoles, que ahora no se librarían de sus manos. Y avisándola el príncipe que no llegase si no quería ser muerta, ella no curando de sus amonestaciones, se llegó cerca del bordo,¹² y poniendo las manos aferradas en el de estotra barca para saltar en ella, el príncipe, que estaba sobre el aviso, le cortó los dedos y cuanto había arrimado a la barca, y assí la hizo apartar por fuerça. La cual cuando vio que por virtud de la espada se había defendido della, no pudiendo más, dixo a la hija con mucha rabia:

—Pues calla, traidora, que aunque más fies de tu rufián, yo haré que por la primera muger que abraçare, te olvide a ti.

Y con esto se volvió, hecha una leona, sus dedos cortados.

Ellos, viéndose libres de este peligro, y cerca del reino de Nápoles, llegaron con gran contento al puerto, adonde el príncipe muy dissimulado, por no quererse dar a conocer por entonces, hizo llamar al alcaide,¹³ al cual bien conocía, y descubriéndosele a él solo aparte, el alcaide, atónito de los que veía, se fue arrodillar para besarle los pies y las manos. Mas el príncipe le hizo del ojo y le mandó que dissimulasse, y le tratasse como a caballero particular, que no se quería por entonces dar a conocer. Y assí mandando llevar todos los cofres, se fueron a descansar a su casa, adonde a sola su muger y dos hijas que tenía, se dio parte del gozo tan grande. Y bien se cree cuál sería, pues por la pérdida de su príncipe andaban todos en aquel reino vestidos de sacos negros con la mayor tristeza que se vio jamás.

¹¹ «El que trae mugeres para ganar con ellas, y riñe sus pedencias.» (Cov.)

¹² Bordo son los lados del navío de la parte de fuera.

¹³ «Es el castellano de un castillo o fuerça con gente de guarnición, y con el Gobierno del lugar vezino que está debaxo de la protección del castillo; y en caso que haya de salir a campaña haze de oficio de capitán.» (Cov.) «Moro alcaide, / moro alcaide, el de la vellida barba / el rey os manda prender.»

Pues assí llegados, lo primero que Axa hizo, fue cristianarse por mano del Obispo, a quien también se descubrieron, el príncipe se desposó luego con su señora Axa, y otro día dexándola encomendada al alcaide, y su muger y hijas, se partió él y el doctor en traje de peregrinos, a presentarse delante de su padre, y ser el primero en ganasse las albricias,¹⁴ prometiendo a su esposa y señora de venir luego con grandísimo recebimiento por ella. La cual sospechando lo que podría suceder, le dio y puso en el dedo la media sortija de memoria de aquel diamante que diximos, quedándose ella con la otra metad.

Destá manera llegaron a la corte, a do estaba el rey y la reina sus padres, y entraron en el palacio, adonde al buen príncipe se le iban las lágrimas, assí del gozo que esperaba con sus padres, como de la tristeza que por su ausencia había en el reino. Y diciendo que traía un negocio de importancia con el rey entró en la antecámara, y allí después de haber hecho con los caballeros mil burlas y donaires, con el gozo que tenía se descubrió, para que poco a poco dixessen al rey su padre su venida, de suerte que la mucha alegría no le causasse alteración. Lo cual fue hecho todo muy bien, hasta que allí padre e hijo con muchas lágrimas y abraços se recibieron. Y estando el príncipe contando al rey todo el discurso de su prisión, y cómo por industria de la linda Axa se había librado, llegó a la sazón la reina despavorida y alterada con el mucho plazer, abraçándole con muchas lágrimas.

El rey entonces dixo a la reina:

—Por mi vida, señora, os sosseguéis, que me va mi hijo contando la más linda historia de su peregrinación que se oyó jamás.

¹⁴ «Lo que se da al que nos trae algunas buenas nuevas.» (Cov.) «Yo pediré, y las daré, albricias del buen sucesso.» (Miguel de Cervantes, *Persiles*.)

Y pidiéndole que prosiguiese y dicesse adónde había quedado la linda Axa que dezía, el príncipe todo desacordado dixo, como maravillado de un nuevo accidente, que él no conocía a Axa, ni sabía quién era, ni tal había visto, y mientras el rey más se maravillaba desto, más lo negaba el príncipe; hasta que la reina dixo al rey, que le suplicaba le dexasse, y no tratasse más de Axa, pues el príncipe no la conocía, que gozasse el bien que tenían. Y assí se divulgó luego la nueva, y hizieron grandes fiestas por todo el reino. Y porque se había tratado de casar el príncipe con la reina de Sicilia, que por su pérdida había cessado, enviaron luego sus embaxadores a ella, con acuerdo y voluntad de su hijo el príncipe, que sin acordarse de su señora Axa, lo tuvo por bien.

Pues como esto viesse el doctor, y de cómo el príncipe no solo no iba con el gran recibimiento por su señora Axa, pero ni aun se acordaba della, muy lastimado se volvió adonde ella estaba. La cual no se alteró mucho, antes mostrando buen ánimo, el alcaide le mandó que él y el doctor se fuessen a la corte, y le aparejassen la mejor casa que hubiesse fuera del palacio, llevando mucho oro, y dinero de aquel tesoro, con facultad que gastassen en el aparato della grandíssima cantidad.

Y con esto envió un mensajero al rey, haziéndole saber que una princesa de reino estraño venía a su corte a un negocio de importancia, que su magestad le mandasse hazer el recibimiento que a su estado convenía. El rey maravillado de quién podía ser tan grande señora, le mandó hazer recibimiento de los caballeros de su corte, pidiendo se le descubriese quién era, porque él no quedasse corto en la honra que se le debía. La linda Axa respondió que de su boca sabría su magestad quien ella fuesse. Y assí teniendo el alcaide una gran casa adornada de brocados y doseles con muchos criados y oficios, como para casa de reina convenía, dio orden para recibir a la linda Axa con grande aparato, y ornamen-

to de las calles por donde había de pasar, con las más invenciones, juegos y danças que él pudo hallar.

Desta manera entró vestida con la mayor riqueza que se vio reina ni princesa, y como su hermosura era la mayor del mundo, a todos les parecía que fuesse más que cosa humana. El rey y la reina estuvieron en parte donde la pudieron ver passar desde su palacio, y lo mismo el príncipe, a quién al passar quitó la gorra, y ella le hizo su acatamiento,¹⁵ mirándole mucho y tiernamente, como aquella que no estaba olvidada dél. El cual puesto que le pareció la más linda criatura que hubiesse visto, no se acordaba nada della, aunque notó cuán tiernamente le había mirado, con lo cual, y ser ella tan linda, quedó nuevamente aficionado. Desta manera entró la hermosa Axa, con mucha maravilla de toda la corte, haziendo grandes franquezas y liberalidades.

Otro día de mañana el rey la envió a visitar con su mayordomo mayor; el cual aunque era muy gallardo cortesano, cuando la entró a hablar, enmudeció de ver tanta belleza, sin acertar a dar el recado. Axa le mandó sentar y favoreció mucho; de lo cual quedó como atónito, sin saber despedirse, ni salir de allí. La princesa fingiendo quererle mucho, y haberle contentado su buen término, le dio lugar a que comiesse con ella; y con este favor llegó a tanto la ceguedad del mayordomo, que pidió le dexasse aquella noche dormir allí, aunque fuesse sobre un banco, porque él no se acertaba a ir. A lo cual la hermosa Axa le dixo, que no solo donde él pedía, pero aun en su misma cama.

El mayordomo muy contento lo aceptó, y cuando les pareció hora pidió un peine y un peinador para peinarse, diziendo a la princesa que aquello usaba él siempre, y en aquella tierra era costumbre. Y dándosele la princesa con su propia mano comenzó a

¹⁵ *Acatamiento*: reverencia.

peinar, y ella se acostó bien segura, porque no hacía sino llamarle que se fuese acostar, y el bueno del mayordomo escusarse, que luego en peinándose iría, que le comía mucho la cabeça. Y assí se estuvo peinando hasta la mañana sin poder hazer otra cosa. La princesa se levantó y vistió, y le quitó el peino y peinador de la mano, enviándole para majadero, diziendo qué necesidad tenía de peinarse pues ella no se peinaba. Desta manera se fue muy corrido¹⁶ el pobre del mayordomo adonde estaba el rey, con el brazo hecho pedaço y la cabeça desollada de tanto peinar, quexándose del mal que la forastera le había hecho, que fue bien reído del rey y reina y príncipe, los cuales no cessaban de burlarse dél, y mucho más el mayordomo de la reina, diziendo que para qué se peinaba, que a fee que no le hubieran con él. Por lo cual la reina le mandó que el fuese luego con el mismo recaudo para ver cómo le iba. Fue, pues, muy contento, pero con toda su desteza le aconteció lo mismo que al primero, aunque por otra vía. Porque despúes de haber comido y cenado, y passado por los passos que el primero, queriéndole la princesa dar el peinador y peine, él se escusó de peinar, pensando que en aquello iba la monta,¹⁷ diziendo que él no tenía necesidad de peinarse, pero tomóle un antojo muy grande de querer matar la vela que allí ardía. Y assí la fue a soplar luego, y aunque le mató, tornósele a encender, y él a soplar, y la vela a encenderse. Se estuvo toda la noche soplando, que aunque le llamaba la princesa, respondía:

—Luego, mi señora, cuando mate esta vela, que no ha de poder más que yo.

¹⁶ *Corrido*: avergonzado. «Fue tan corrido de allí, que no vivió en aquel pueblo.» (Mal Lara, *Philosophía vulgar*. Refrán núm. 63.)

¹⁷ Consistir la importancia de alguna cosa. «Pensando que en aquello iba la monta.» (Miguel de Cervantes, *El viejo celoso*.)

De lo cual la princesa, y algunas de sus damas que allí estaban, gustaban mucho; y así se estuvo hasta la mañana en este ejercicio, y ella le envió muy corrido. El se fue a la reina y al rey, que deseaba ver en qué paraba su tardança. Harto fue el contento del otro mayordomo peinado, de ver estotro aparecía tener asma, que se le mitigó mucho el enojo, y más porque se hallaba mejor de sus peinaduras.

Y estando assí suspensos, el rey y la reina y el príncipe, de quién podía ser muger tan hermosa, y que tanto sabía, vino un recaudo della pidiendo al rey audiencia sobre un negocio que traía, el cual se la dio, y mandó que viniessen luego. Y subiendo al palacio mandó la reina a sus damas la recibiesen, y entró hermosísima, y con gran riqueza sobre sí, pidiendo las manos a los reyes, los cuales no se las quisieron dar hasta saber quién era, y qué quería. Ella se les humilló, y se las tomó por fuerça, diciendo que presto verían si se las podían dar de buena gana, y assí pidió al rey le hiziesse justicia en mandalle restituir medio anillo de memoria, que le había robado el príncipe, el cual era el que tenía en el dedo.

El príncipe muy colorado dixo que era verdad que le tenía, pero que no se acordaba habérselo tomado. Entonces la princesa sacó el que ella tenía en su dedo, y en poniéndole en el dedo del príncipe en el encaxe del otro, el príncipe volvió en sí como de un sueño, y abriendo los ojos, como viesse delante de sí a su señora Axa, hincándosele de rodillas, la fue a abraçar diciendo:

—Oh mi señora y verdadera esposa y todo mi contento.

Y entonces acabó de contar al rey y reina sus padres su discurso, y lo mucho que debía a aquella hermosa princesa. Los cuales la abraçaron y recibieron por hija.

Y estando en este gozo, entraron los embaxadores que venían de Sicilia, diciendo que ya la reina se había casado con otro rey su

comarcano,¹⁸ que al tiempo que la traían había salido con grande armada y la había llevado a su reino y casado con ella. De lo cual se holgaron mucho, viendo cuán bien se había hecho todo; y con muchas fiestas y regozijos reinaron con mucha paz y prosperidad, sucediendo en el reino el príncipe y la muy sabia y hermosa Axa.

¹⁸ «Los vezinos en los términos de los territorios.» (Cov.)

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| A LOS LECTORES | 7 |
| Dr. Juan Eulogio Guerra Liera | |
| <i>Rector</i> | |
| INTRODUCCIÓN | 9 |
| Ilda Elizabeth Moreno Rojas | |
| EL ABENCERRAJE | |
| Antonio de Villegas | 13 |
| LUZMÁN CAUTIVO | |
| Jerónimo de Contreras | 41 |
| NOVELA DEL GRAN SOLDÁN, CON LOS AMORES DE LA LINDA AXA Y EL PRÍNCIPE DE NÁPOLES | |
| Lucas Gracián Dantisco | 55 |



Esta primera edición del número 4 de la colección *Obras Universales*, se terminó de imprimir en abril de 2018 en los talleres de Pandora Impresores, ubicados en Caña 3657, La Nogalera, C. P. 44479, Guadalajara, Jalisco.
El tiraje consta de 1000 ejemplares.

